

y su adaptabilidad a los más diversos asuntos contemporáneos. Supone, además, un nuevo impulso para continuar trabajando en esta línea tan promisoría.

Ricardo F. Crespo

STEPHEN L. BROCK, *Action and Conduct. A Thomistic Study*. Athenaeum Romanum Sanctae Crucis. Facultas Philosophiae. Romae 1992. 278 páginas.

Se trata de la edición completa de la tesis doctoral del autor, defendida el 24 de junio de 1991 en el Ateneo Romano de la Santa Cruz. Estamos frente a un importante trabajo, que combina admirablemente la erudición y rigurosidad propias de una tesis, con la proximidad y gravitación de los aportes de una obra de madurez. Brock retorna el tema de la acción humana, destacando aspectos de la doctrina de Santo Tomás que nos conducen a una comprensión más plena de algunas de sus virtualidades. Esos aspectos tienen relación con el tratamiento sobre esta materia hecho por los representantes de la filosofía analítica. Entre estos últimos, los más citados por Brock son G. E. M. Anscombe, Alan Donagan y Ludwig Wittgenstein. Sus visiones requieren precisiones y correcciones para las que resulta muy adecuado el pensamiento tomista sobre la acción en la línea desarrollada en este trabajo. Pero su programa no se limita a un recorrido marcado exclusivamente por el interés de un diálogo con los analíticos. Surgen además interesantes consideraciones acerca de la teoría aristotélica de la acción, y también se hacen patentes las divisiones entre las nociones humeana de causalidad y kantiana de acción respecto a las correspondientes nociones tomistas.

Es particularmente importante, señala Brock, enfocar la acción humana dentro del marco más amplio de la acción. Tanto las diferencias como las coincidencias de las acciones física, viviente y humana, arrojan conclusiones que ayudan a entender mejor esta última y a poner el dedo en la llaga de las debilidades de las doctrinas de la filosofía analítica. Son analizados los conceptos de causalidad, intención, acción y actos de la voluntad. Mientras que para los filósofos analíticos las últimas tres pertenecen exclusivamente, en general, a la acción humana, para Tomás de Aquino sólo la última es propia del hombre. La conexión de todas ellas en la persona humana, en lo que Brock denomina «conducta», le hace ganar en riqueza y en arraigo metafísico. Es por ello que el autor comienza estudiando la noción común de acción, concepto análogo, con analogía de proporción, y cuyo analogado principal es, precisamente, la acción humana. En ella el agente es dueño de su acto en el sentido máximo de que él mismo fija sus fines. En el otro extremo, está la mera posesión de la forma que es principio remoto de acción. En la acción misma se agrega necesariamente la intencionalidad, ya sea que su objeto provenga del mismo agente o de otro, del cual es instrumento.

«El acto del agente está en el paciente». Hay acción cuando hay relación entre uno que actúa (el agente) y otro que es actuado por él (el paciente). Sin estas relaciones de causación real no hay acción. La acción sólo existe si hay un fin que la mueve, que es causa de su unidad. La intención especifica la acción, que a su vez es especificada por el objeto (el paciente en cuanto tiene capacidad de recibir la acción). La importancia del análisis detallado de esta cuestión es justamente la fijación de la causalidad real como elemento esencial a la acción. Y hay causalidad si hay fin. Estas nociones, las de causalidad e intencionalidad, son las que tienen en común la acción física y la humana. En el concepto técnico de *uso*, por su parte, analizado a fondo en el capítulo V, se evidencia esa coincidencia y también su diferencia: la voluntad, facultad que posibilita el autodetermi-

narse propio del hombre. El que haya o no resultado exterior no agrega nada esencial a lo específicamente humano de la acción. Lo propiamente humano es immanente. La producción es instrumental. Por eso toda acción humana es moral, es esencialmente un uso de sí que hace al hombre bueno o malo según su coincidencia con su fin debido. El hombre se hace a sí mismo un agente y así se forma o deforma. El término «conducta» expresa esta «conducción» que el ser humano ejerce sobre sí hacia (o contra) una perfección que no posee plenamente.

Valgan estas líneas como parcialísima glosa del rico contenido de una obra en que se sintetizan enfoques cosmológicos, antropológicos, éticos y metafísicos de la acción humana y que merece un detenido estudio.

Ricardo F. Crespo

ALBERTO CATURELLI, *Historia de la filosofía en Córdoba. 1610-1983*. Córdoba, Argentina, s. d. (1992-1993). Tomo I: *Siglos XVII-XVIII*, 518 páginas. Tomo II: *Siglo XIX*, 324 páginas. Tomo III: *Siglo XX*, 604 páginas.

Alberto Caturelli, profesor de la Universidad Nacional de Córdoba, ha concebido hace ya bastante tiempo la idea de someter a un rescate integral el desarrollo histórico de la filosofía en la Argentina. Una tarea de esta envergadura, hasta el momento, no había sido encarada con la exhaustividad que Caturelli se ha propuesto depararle. Existe un interesante material historiográfico al respecto, pero sin duda herido por dos defectos que entorpecen el acceso al conocimiento del pensamiento filosófico argentino: por un lado, se trata de una bibliografía cuyo volumen es sensiblemente pobre en comparación con las dimensiones que entre nosotros ha alcanzado el filosofar desde comienzos del siglo XVII; por otro, se halla demasiado dispersa, a tal punto que nunca se la ha podido reunir en un *corpus* unitario y compacto. A estos defectos se agrega el escaso número de cátedras e instituciones dedicadas al rastreo de dicha faz de nuestra cultura. Una excepción la constituyen los esfuerzos que en Mendoza han venido desplegando Diego F. Pro al frente de un pequeño grupo de estudiosos que se expresa a través de la edición de la revista *Cuyo* de la Universidad Nacional del mismo nombre. Pero es innegable que carecíamos hasta ahora de un examen de la magnitud suficiente para satisfacer la intención alentada por Caturelli desde largos años atrás. El único antecedente destacable de la obra del filósofo cordobés, como se sabe, es el macizo libro de Guillermo Furlong S. I. *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, Buenos Aires 1952; un libro que Caturelli califica como «inconcebible para una sola persona» y que se yergue como el precedente más valioso de la suya propia, ésta que ahora tenemos entre manos, pues «no habría sido posible» sin el aporte previo de Furlong (t. I, p. 11). De cualquier manera, tampoco se puede ocultar el hecho que el libro del ilustre jesuita, a pesar de su condición de obra prócer en esta materia, se hallaba resentida por tres rasgos que no es prudente silenciar: ante todo, está restringida a un período cuyo *terminus ad quem* es el alba de la emancipación argentina, lo cual nos ha privado de una reseña de la filosofía elaborada durante los dos últimos siglos; en segundo lugar, es evidente que Furlong, en sus análisis de muchos autores, no ha pasado de una presentación elemental de sus respectivos pensamientos o, si se quiere, de una primera lectura que exige profundizaciones ulteriores; por fin, no pocos juicios de Furlong sobre las doctrinas de los autores colacionados es hoy de difícil aceptación, particularmente al embanderar a muchos de ellos con un tomismo o con un suarecianismo de perfiles poco decantados y, más aún, cuando varios de esos filósofos, a